

Combatir ese utilitarismo sordido que parece predominar en nuestros días, ennoblecer el concepto de la vida para elevar el nivel de la democracia, luchar por la unidad y el prestigio de la nación, tal debe ser el anhelo de nuestra juventud.

ELIÉCER SUÁREZ FORERO

Septiembre de 1935.

---

## LOS FENOMENOS TELEPATICOS. (ESTUDIO EXPERIMENTAL)

Por RODRIGO NOGUERA.

Los fenómenos telepáticos han sido observados desde muy antiguo, y los casos abundan tanto en la Biblia como en la literatura greco-romana. Ezequiel, por ejemplo, vió en su imaginación los horrores que se perpetraban en el templo de Jerusalén, y Plutarco narra hechos análogos muy emocionantes. En los tiempos actuales se hallan atiborradas de ellos, aun atribuidos a los animales, las obras de metapsíquica, y sería excepcional encontrar hoy una persona que no haya oído contar a sus familiares o que ella misma no haya creído tener, fundadamente o no, alguna manifestación telepática. Nosotros mismos podríamos referir algunos casos propios y ajenos; pero nos limitaremos a uno, de cuya autenticidad no dudamos.

Hace apenas un año, se hallaba en el Hospital de San José de esta ciudad un joven de distinguida familia de Cundinamarca. Padecía de tuberculosis pulmonar muy avanzada, y se hacían los últimos esfuerzos para salvarle. Aparentemente había mejorado, y, la noche en que murió, una de sus tías dormía tranquilamente en alguna de las poblaciones próximas. De pronto ésta, sin haber soñado nada, despierta a medias, y sufre la alucinación de que el enfermo entra en la alcoba, se inclina sobre el lecho y, tomando entre las suyas una de las manos de la señora, que siente el contacto, la estrecha dulcemente y

se despide en silencio. Esa madrugada, quizá a la misma hora, el joven moría, ahogado en un acceso de hemoptisis.

Según resulta de los casos estudiados por Camilo Flammarion y otros, es un hecho que los fenómenos de telepatía parecen producirse más intensamente en los acontecimientos trágicos, aun cuando no sean seguidos por la inmediata muerte del trasmisor. Pero son ellos también corrientes en circunstancias ordinarias. Con alguna persona nos sucedía que pensábamos siempre en ella, antes de verla casualmente en la calle o de atender su llamada telefónica; mas hay indudablemente casos que sólo pueden explicarse por la telepatía. Mons. Alberto Farges relata el siguiente en su TELEPATIE ET DOBLE VUE: "Ludovico, hijo del doctor X, tenía la aptitud de leer los pensamientos de su madre o ésta podía sugerirle las respuestas a las preguntas más variadas y elevadas sobre su natural alcance. Abría ella un libro, por ejemplo; ponía el dedo sobre una palabra o cifra, y el niño la adivinaba sin titubear, salvo que se hallase distraído. Sobre ese tema, añade el autor, podéis imaginaros las experiencias más diversas, en las que siempre se obtenía igual éxito. La madre sugería a su hijo, sin concurso alguno de la voz ni de los gestos, la contestación que debía dar. Existía, pues, una verdadera comunicación a distancia entre las dos personas, pero el hecho no era recíproco. Era el niño quien parecía leer el pensamiento de la madre, y no la madre el del niño".

*The Society for Psychical Research* de Londres, de la cual fueron en Francia miembros correspondientes sabios tan respetables como Ribot y Richet, abrió una vez una encuesta para recoger, con la mayor autenticidad posible, documentos relativos a la telepatía, y, tras concienzudo examen de los mismos, llegó a estas conclusiones:

"1ª) La observación prueba que la telepatía, esto es, la trasmisión de pensamientos y sentimientos de un espíritu a otro, sin el intermedio de los órganos de los sentidos, es un hecho cierto;

"2ª) Los testimonios manifiestan que algunas personas que atraviesan una gran crisis o que están a punto de morir, se aparecen a sus amigos y a sus parientes, o se hacen oír de ellos, con una frecuencia tal, que la casualidad sola no puede explicar los hechos; y

"3ª) Estas apariciones son ejemplo de la acción suprasensible de un espíritu sobre otro.

"No basamos la prueba de la exactitud de nuestros documentos, precisamente en la rectitud e inteligencia de cada observador, sino en el hecho de que es inadmisibile que un gran número de personas inteligentes y rectas se hayan todas dejado arrastrar al fraude o, por lo menos, al engaño. Es preciso, con todo, reconocer que si los testimonios nos parecen concluyentes, no imponen por completo la evidencia. A nuestro parecer, la existencia de la telepatía está demostrada; pero no con tal certidumbre que no sea posible discutirla".

Criticando esas conclusiones, de las cuales la tercera nada tiene que ver con el fenómeno estudiado, dice el P. Julio de la Vaissiere, S. J., en sus ELEMENTOS DE PSICOLOGIA EXPERIMENTAL:

"Aun suponiendo un cierto número de hechos verdaderos, antes de llegar a la conclusión de la existencia de una causa trascendente, sería preciso excluir la hipótesis de la *coincidencia fortuita*, examinada y rechazada en PHANTASMS OF LIVING; mas, esto no obstante, si se considera el conjunto de los casos, no deja de ser tal hipótesis probable. El raciocinio que sigue a la encuesta inglesa es el siguiente. El número de hechos en que la impresión sentida a distancia (por el receptor) coincide con la realidad del acontecimiento (que interesa al emisor), es muy superior al de aquellos en que no hay coincidencia; luego, dada la multitud de observaciones, es necesario admitir, en virtud de la ley de los grandes números, la intervención de una causa que explique la superioridad de las coincidencias. Nada más puesto en razón; pero queda por descubrir esa causa, y no vemos qué pueda aducirse contra la posibilidad de hallarla en circunstancias que nada tengan de trascendentes. Además, para poder echar mano de la proporción entre las coincidencias y las no coincidencias, es menester que se suponga en los sujetos de la encuesta igual inclinación para advertir y dar cuenta de las unas y las otras. Pero la propensión a observar y anotar las primeras, es naturalmente mayor que la correspondiente a las segundas: en primer lugar, porque se da poca importancia a las impresiones acerca de acontecimientos más o menos lejanos, cuando no se correspon-

den con la realidad, mientras que, por el contrario, queda uno vivamente emocionado en los casos de coincidencia, y, en segundo lugar, porque es muy conforme a la psicología humana el sentirnos fuertemente inclinados a comunicar los casos de apariencias maravillosas en que hemos sido los héroes. ¿Cómo, pues, va a ser posible tener en cuenta esas tendencias en las fórmulas del cálculo de las probabilidades?"

La observación es muy cuerda. Si cayéramos en la cuenta y nos acordáramos siempre del número de veces que, al andar por las calles, recordamos a alguien, por ejemplo, y no lo encontramos momentos después, y comparáramos ese guarismo con el de los casos en que nos asombra el fenómeno contrario, quizá aquí no sería tan favorable a la telepatía el cálculo de las probabilidades. De igual manera resultaría corregido el prejuicio sobre la maldad de los hombres, si al lado de la estadística de la ingratitud, que llevamos porque nos impresiona, computáramos los numerosos testimonios de agradecimiento que a diario recibimos en la vida.

Hay que desechar, pues, en esas materias el método de la observación vulgar, que si bien está que haya servido para que los hombres de ciencia reparen en el fenómeno de la telepatía, no puede bastar para admitirla. Debe acudir aquí, en cuanto ello sea posible, a la verdadera experimentación, como hace algún tiempo nos lo propusimos y hemos realizado con éxito.

Daremos cuenta en este artículo del método puesto en práctica, y, al propio tiempo, para explicar los hechos, nos arriesgaremos en una hipótesis, que no puede hoy considerarse como prematura.

Si se repara en el conjunto de fenómenos telepáticos más o menos ciertos acumulados por los investigadores de la *psicología trascendente*, en la cual no creemos, se les puede clasificar en tres grupos:

1º Manifestaciones telepáticas ocurridas durante el sueño (escenas oníricas que más o menos reproducen un hecho real y concomitante, aunque lejano); y

2º Manifestaciones durante la vigilia, que toman dos aspectos:

a) El de alucinaciones pasajeras (cuando menos pensaba-

en él, una madre ve a su hijo en medio de las olas, y ciertamente en ese instante naufragaba) y

b) El menos dramático en que una persona piensa o siente lo mismo que otra en un instante dado, sin que la coincidencia pueda atribuirse al paralelismo de las reacciones, por ser muy diversas las circunstancias que rodean a los dos sujetos (el uno se divierte, por ejemplo, cuando le asalta el pensamiento desgraciado, mientras el otro es víctima de un accidente).

Estos últimos hechos, que son los más frecuentes aunque los menos emocionantes, no se pueden, pues, explicar, como lo pretendía Vaschide, por la hipótesis de que las personas que se hallan muy unidas por las afinidades de la amistad, el amor sexual o los vínculos de la sangre, reaccionan en unas mismas circunstancias de manera más o menos igual (*paralelismo de las vidas psíquicas*, que se pronuncia en los gemelos univitelinos). Habrá razón para suponerlo cuando, al conversar dos personas, una de ellas se anticipa a expresar lo que la otra iba a decir, y ésta exclama: «¡Me adivinaste el pensamiento!»; porque los antecedentes evocadores de la imagen o idea son entonces unos mismos, y uno también el interés de la conversación; de modo que si existen en las mentes de los interlocutores idénticas asociaciones, por haber hecho iguales estudios y vivido en parecidas condiciones, sus pensamientos seguirán un solo curso, aunque no siempre sean precisamente simultáneos. Mas si la vida, caracteres y profesiones de los que hablan son diversos y las coincidencias menudean, ya la hipótesis comienza a flaquear, y se derrumba en cuanto las circunstancias que en lo exterior puedan provocar la unidad del pensamiento sean diferentes.

Desechamos, pues, esa explicación, y proponemos otra para que se entienda mejor la razón de nuestro método experimental.

En todo fenómeno de telepatía hay una mente emisora y otra receptora, como en las estaciones de radiotelefonía. En la primera, el curso del pensamiento, tanto respecto de los recuerdos como de los fantaseos, está determinado: a) por los hechos externos que atraen la atención; b) por las asociaciones de semejanza o contigüidad preformadas en la mente, y

c) por el interés del momento, que subconscientemente elige entre los distintos lazos asociativos que irradian de cada término mental. En la segunda, ha de suceder otro tanto, ¿cómo se explica, pues, que ésta llegue a pensar, sin violación de aquellas leyes, lo que la otra ve u oye? La primera hipótesis que debe examinarse es la de la casualidad; pero ella queda excluida por los experimentos de que daremos cuenta. Busquemos, pues, otra explicación.

Supongamos que la escena Y contemplada por el sujeto emisor, pero que no ha visto jamás ni ve actualmente el receptor, se compone de los hechos elementales A, B, C, D, ... más o menos abstractos, la mayor parte de los cuales se hallan asociados sin embargo, directa o indirectamente, con el hecho X que por casualidad presencia el receptor y que no se relaciona con el emisor. Es evidente que si en ese instante obra en la subconsciencia del primero un interés que oriente las asociaciones desde X hasta B, C, D, ... o gran parte de esos detalles, surgirá en su imaginación creadora, como en los sueños, una imagen más o menos aproximada del trance A B C D. ... por que pasa el segundo. Si esto ocurre mientras el receptor duerme, se soñará lo que sucede, caso de que se den los condiciones fisiológicas del último fenómeno; y si durante la vigilia, acaecerá una de dos cosas: o solamente un pensamiento inquietante y como inspirado cruzará por los halos de la conciencia, como un relámpago, o, si la emoción súbita que éste causa y predisposiciones psicopáticas llevan a ello, la imagen se proyectará en el telón sensorio y habrá una alucinación, como en los casos corrientes de las mismas.

Mas ¿cómo surge el interés organizador en la mente del receptor? Hay que pensar en alguna causa de acción constante y en tres etapas de su actividad: una en la mente del que transmite la impresión efectiva (no propiamente la sensoria), otra entre los dos cerebros, y la tercera en el del que recibe la comunicación. La última fase del fenómeno viene a ser la reversión de la primera, como en la radiotelefonía, en que el sonido se convierte en honda imponderable, para difundirse en esa forma, y volver a su primitivo estado en el radioreceptor. El señor X vuela en avión de Cartagena a Barranquilla, y en el trayecto un ciclón amenaza gravemente su vida. Como es

natural, se emociona; pero se resigna pronto a la muerte, que cree inevitable y próxima, y, antes de encomendar su alma a Dios, se duele intensamente de la pena que su madre, esposa e hijos han de sufrir cuando se informen. Las dos señoras se hallan en ese momento en Santa Marta, pero en sus distintas casas de habitación, retiradas más de un kilómetro, y la una lee tranquilamente la vida de un santo, mientras la otra observa distraidamente unas gallinas. No están pensando en la persona ausente; pero vuela una de las aves y la señora de X se sobresalta porque se le ocurre la idea de que el marido ha sido víctima de un accidente de aviación. Suena instantes después la campanilla del teléfono, y su preocupación se aumenta cuando la suegra, por causa de un presentimiento semejante, le pregunta qué noticias ha tenido del esposo, del que ni siquiera sabe que se proponía viajar en avión. Al día siguiente en la mañana llega sano y salvo el señor X, y, al contar sus peripecias, todos se admiran de la coincidencia. Preguntadas con habilidad, las dos señoras recuerdan claramente por qué llegaron a imaginarse en una sola escena el avión, los pasajeros, la tempestad y el miembro de la familia ausente. El pensamiento pasó en ambas con naturalidad de un término a otro, a través de asociaciones preexistentes: el vuelo del ave de corral y haber oído decir a su esposo que quizá regresaría en avión, por una parte, y la lectura de la zozobra de un barco, salvado por milagro, y un ruido que parecía zumbido de hélice, por la otra. Pero quedaban por explicar el por qué de la doble o triple coincidencia y la razón por la cual dos imaginaciones alejadas, partiendo de hechos diferentes, eligieron un mismo derrotero que paró en reproducir con alguna fidelidad parte de los detalles del distante acontecimiento que en ese momento se desarrollaba. Las dos receptoras informaron, sin embargo, que antes de sobrevenir la corazonada como luz repentina en medio de la oscuridad de un estado puramente afectivo, se sintieron inquietas de un minuto para otro, sin saber por qué ni sospecharlo. En el emisor, pues, el fenómeno cognoscitivo de la inminencia del peligro de muerte produjo el emotivo, asociado al recuerdo de sus familiares, y en éstos fue el último aspecto del complejo psíquico el que coordinó un conjunto de elementos nemónicos que reflejaban la causa

de la emoción del primero. En esto, en el interés y su tono afectivo, transmitido de una mente a otra, parece consistir la clave del fenómeno telepático.

En efecto, las investigaciones experimentales de Lapicque, de que hoy dan cuenta todas las obras de fisiología del aparato neuro-muscular, han dejado plenamente establecido que «todos los tejidos irritables (aun los secretores) se conforman con una cierta ley general que regula la eficacia de la excitación según su desenvolvimiento cronológico, pero cada uno (muscular y nervioso al menos), puede así decirse, mide el tiempo con una unidad que le es propia. [Si la reacción es rápida, el tejido emplea una unidad tan pequeña, que una centésima de segundo es ya para él una duración prácticamente infinita, y si su reacción es lenta, cuenta por decenas de segundo o aun por segundos enteros». La unidad de tiempo que interviene en la excitabilidad de un músculo o de un nervio, es lo que Lapicque llama *cronaxia*; y cuando ésta es igual para dos neuronas y sus prolongaciones o para un nervio y el correspondiente músculo motor, dice que son *isócronos*, y *heterócronos* en caso contrario. Ahora bien, la experiencia demuestra que la excitabilidad, por paso del influjo nervioso de una célula a otra, depende de la isocronía. Ciertos venenos, como el curare y la estrocnina, por ejemplos, la alteran, y desde el punto mismo el nervio deja de obrar en su músculo y sobreviene una parálisis. Otro tanto sucede, aunque esto no se encuentra de igual manera comprobado, entre dos neuronas: si son isócronas, la corriente pasa por las sinapsis de sus neurofibrillas, pero si son heterócronas, se detiene en la extremidad del cilindro-eje. Todo depende de la intensidad de la excitación y de su reparto en el tiempo. Si el flujo es muy breve, será insuficiente para transmitirse, como un choque de inducción sobre un músculo liso, y si es muy largo, será aún ineficaz, como cuando varía lentamente la corriente eléctrica que excita el nervio ciático de la rana. De esos hechos deduce el fisiólogo francés una importantísima explicación de la difusión del flujo nervioso por todos sus centros a consecuencia de las grandes emociones, que sobreexcitan muchas funciones, con frecuencia la de la imaginación, e inhiben otras, principalmente las vegetativas. En una palabra, el tono afectivo de un com-

plejo psíquico obra como el curare, haciendo heterócronas algunas neuronas e isócronas otras; con lo cual cierra unas vías y abre las demás a la corriente nerviosa que parte de la periferia y, alcanzando los hemisferios, determina con la excitación de cada arco intercortical la aparición de una imagen en el campo de la conciencia. Esto no obsta para que sea necesario un cierto acomodamiento previo entre dos neuronas que han vibrado juntas (aspecto histológico de las asociaciones de ideas), a fin de que la isocronaxia pueda establecerse o restablecerse; pues lo que Lapicque explica con su teoría fisiológica de las emociones es precisamente el curso selectivo de los estados de conciencia, a través del dédalo de las conexiones preestablecidas.

Esto sentado, bien se comprende que si en el fenómeno telepático el estado emotivo del emisor puede transmitirse con sus más delicados matices al cerebro del receptor, quedará este órgano en disposición de orientar las asociaciones hacia las imágenes totales o fragmentarias más a tono con la impresión simpática recibida. Se sabe hoy que el mecanismo de la asociación, extensamente estudiado por Claparède, no sólo se cumple entre datos puramente sensorios, como un sombrero con su dueño conocido, sino entre aquéllos y los sentimientos y a la inversa. Nos entristecemos, por ejemplo, por el fracaso de un negocio, y viene a la memoria el recuerdo de la muerte de una persona querida, que nada más que el tono afectivo tiene de común con el otro incidente. Si durante el curso del pensamiento de una persona pudiéramos, pues, mudar su estado emotivo, sin herir sus órganos sensorios, cambiaríamos totalmente el rumbo de las imágenes que se suceden en su conciencia.

Pero el fenómeno de las cronaxias demuestra algo más importante en relación con el problema de que tratamos, y es que la corriente nerviosa no es como la de un río, con traslado de materia, sino como la de todas las energías físicas, que se transmiten de cuerpo a cuerpo, molécula a molécula, electrón a electrón, por impulsos vibratorios. Así lo confirman además numerosos hechos, como la no existencia de anastomosis entre las neurofibrillas de dos neuronas en contacto, ni aun entre las fibras nerviosas mismas, que obran, pues, a distancia,

aunque muy pequeña. El problema queda así reducido a una simple cuestión de magnitud en el espacio. ¿Es posible la acción nerviosa — dado algún conjunto de condiciones que nos sean desconocidas— a través de distancias inmensamente mayores que las que implican las sinapsis de los arcos reflejos? A esto no pueden contestar sino los hechos, y aquí viene lo sorprendente.

Hasta allí habíamos ordenado nuestra hipótesis, para buscar su verificación experimental, que creemos haber hallado, cuando llegó a nuestras manos la obra *L'Origine de la Vie* de Georges Lakhovsky (Gauthier Villars et Cie, éditeurs), en cuya portada se leen estos versículos:

- «La vie est née de la radiation,
- «Entretenu par la radiation,
- «Supprimée par tout déséquilibre oscillatoire».

La leímos con interés, y si lo primero es apenas una hipótesis sin fundamentos del autor, a quien prologa el profesor D<sup>r</sup> Arsonval, miembro del Instituto de Francia, los dos últimos renglones podrían aceptarse, y, dadas las observaciones y experiencias que se nos presentan, no pueden negarse hoy las siguientes conclusiones (Ch. III):

- «1.º) Todo ser vivo emite radiaciones;
- «2.º) La mayor parte de los seres vivos—sin excepción casi—son capaces de recibir y captar las ondas;
- «3.º) Los animales que vuelan (pájaros o insectos alados) poseen una gran capacidad de emisión y recepción de ondas, mientras que ésta es muchísimo menor en los que viven ape- gados a la superficie de la tierra, y
- «4.º) La influencia de la luz solar, adversa a la propagación de las ondas, obliga a ciertos animales, de receptividad sin- gular, a viajar y buscar sus alimentos de noche, mientras que otros, de receptividad normal, se entregan durante el día a esas ocupaciones».

Solamente las dos primeras proposiciones se hallan experimentalmente probadas, pues la tercera se deduce de la perspicacia de ciertos instintos y de la manera como se ejercen, y la última es simplemente una hipótesis que relaciona los hábitos de algunos animales con la mayor difusibilidad de las on-

das hertzianas durante la noche. El hecho más importante que ofrece la obra es el de la curación por radiaciones magnéticas de alta frecuencia (150.000.000 de vibraciones por segundo) de tumores producidos por el *bacterium tumefaciens* en algunas plantas, como el *Pelargonium zonatum*, y siguen a éste experimentos relacionados con los instintos de algunos animales, que parecen indicar que las palomas mensajeras en su retorno al nido, junto al cual viven sus compañeras, y ciertas aves nocturnas que se alimentan de algunos insectos, se guían por las ondas electromagnéticas emitidas por los respectivos animales. Se sabe que la radiación es mayor en las altas regiones de la atmósfera, y con ello, por ejemplo, relaciona Lakhovsky el hecho de elevarse tanto las palomas y dar vueltas en circuito, buscando la recepción de las ondas, antes de iniciar en línea recta el vuelo de regreso, por un camino que nunca han recorrido. También estudia el mismo autor la morfología de las células, y halla en ellas dispositivos que parecen acusar una finalidad emisora y receptora. Cree al propio tiempo que los canales semicirculares del oído sirven, especialmente en las aves, de dispositivo radiogoniométrico. «¿Cuál es el órgano, se pregunta, que permite al animal captar las ondas? Mi convicción íntima es la de que son los canales semicirculares, cuyo líquido es sensible al campo electromagnético, los que dan al animal la impresión de las vibraciones». Pero, por una parte, esa afirmación se funda en puras analogías morfológicas, y, por otra, parece hoy bien establecido que los canales semicirculares y el laberinto son el asiento de una serie de reflejos completamente inconscientes, de orientación próxima y equilibrio, cuyo estímulo específico son los cambios de presión del líquido que los llena. En todo caso, lo que nos importa es saber que los seres vivos emiten y reciben radiaciones, aun en el seno mismo de cada célula, y que ese fenómeno puede explicar algunos tropismos, como el de los espermatozoos y los instintos de las aves viajeras. Ya Thauziés había propuesto esta explicación desde 1904, y hablado de un sentido magnético sin órgano conocido; pero sus aportes experimentales, aunque algunos de ellos no dejaban de ser impresionantes, fueron muy pocos (Dumas), y se le ha objetado que, mientras no se conozca el órgano irritable por las radiaciones

(aunque no sea propiamente de carácter sensorio), su hipótesis tiene cierto sabor «mystique». Sin embargo, si las neuronas prerolándicas, por ejemplo, son susceptibles al influjo de las ondas magnéticas, y éstas alteraran, en ciertas condiciones, su cronaxia ¿no bastaría ello para determinar las reacciones de un sistema de reflejos organizados para alcanzar cierto objeto? Se podría, pues, aun tratar de explicar el instinto de orientación de algunos animales por la telepatía, como ya lo sugirió Duchatel, *entendiendo por tal una acción electromagnética de neurona a neurona de distintos animales, que sea capaz de abrir o cerrar por isocronaxia o heterocronaxia determinadas vías a las corrientes nerviosas que, provenientes de la periferia, circulan en los centros del animal receptor*. Las ondas captadas no vendrían a tener así más que un papel directivo de la fuerza nerviosa en los arcos reflejos, como en los aeroplanos manejados por un *aviador mecánico*, que se gobiernan desde tierra por medio de un aparato radiodifusor.

Queda así explicado el mecanismo de la acción intermental, a que Tarde ha dado el nombre de *interpsicología*; pero debemos advertir que la hipótesis precedente no es nueva, ni podía serlo, porque a cualquiera se le ocurre comparar los fenómenos telepáticos con los radiotelegráficos. Ya Liévaux pensó en ello en 1891, y Gayraud la expuso en 1896 ante la *Sociedad de ciencias psíquicas* de París. Mons. Farges (ob. cit.) dice asimismo que no puede pensarse en una comunicación directa de alma a alma, lo que es contrario a la naturaleza de nuestra vida presente, sino en que pasa de cerebro a cerebro una influencia física, susceptible de transformarse en la conciencia en imágenes; y el P. Roure (*Le Merveilleux Spirit)* concreta más: «Cada vez que el cerebro funciona — dice — entra en vibración (entiéndase: sus neuronas). Ese movimiento se trasmite al éter, y, por intermedio de él, bajo la acción de la voluntad, se despiertan en otro cerebro vibraciones análogas, como en los aparatos trasmisor y receptor de la telegrafía sin hilos. A vibraciones parecidas responden imágenes parecidas, y las imágenes a su vez evocan en el espíritu las ideas, a las cuales están de ordinario asociadas». Los propios metafísicos parecen de acuerdo con esa hipótesis, pues G. Fabius de Champville concluye así en una revista de Bélgica:

«Todo lo que vive, vibra; todo lo que piensa, vive; luego cuando se piensa, se produce una vibración de un orden particular y de una delicadeza inconcebible». Inventad un aparato revelador suficiente mente perfeccionado, exquisitamente impresionable, y podéis convenceros por experiencia de las vibraciones del pensamiento. Este aparato todos nosotros lo poseemos: es la glándula pineal» (?).

Sin embargo, todas esas hipótesis concordes estaban expuestas a graves objeciones; ya de orden psicológico, tales como la subversión de las leyes de asociación de las ideas, que nosotros dejamos incólumes; ya de orden fisiológico, por lo tocante al mecanismo de los arcos reflejos, que también salvamos con los descubrimientos de Lapicque; ya de orden físico, en lo que concierne a los órganos transmisores y receptores y a la naturaleza de las ondas que surcan el éter, cuya longitud Lakhovsky calcula, para el *Corynactis viridis*, en 0,000002 mm. (región de las radiaciones infra-rojas), haciendo además la oportuna observación de que, si la capacidad y tensión eléctrica de las células debe ser muy pequeña, se pueden obtener no obstante corrientes de emisión muy intensas con sólo aumentar en proporción su frecuencia.

Nuestro trabajo se ha limitado hasta ahora, pues, a organizar todos esos conocimientos del día, para explicar en todos sus detalles, cerrando la puerta a las objeciones de orden científico, el proceso radiomagnético de la telepatía, que suele atribuirse a causas trascendentes o ultrafísicas, para concluirse con Leon Denis, que de semejante manera pueden comprenderse y admitirse las comunicaciones entre los muertos y los vivos.

Esto último no será posible, si el muerto no dispone de una estación radiodifusora, es decir, de un cerebro consubstancialmente unido al alma, que es precisamente lo que se pierde con la cesación de la vida, sin que se vea como pueda reemplazarse.

Con esas ideas, aunque no tan completas, nos dimos a la tarea de inventar una técnica de experimentación respecto de los más sencillos fenómenos telepáticos; y los resultados ya obtenidos, verdaderamente sorprendentes, han coronado nuestro esfuerzo.

Si un fenómeno depende de uno o más antecedentes cuyo conjunto constituye su causa inmediata, dada ésta se realiza aquél, si otras fuerzas no obstaculizan el funcionamiento de alguno o algunos de aquellos. Pero esto último es accidental o contingente: no está sujeto a una ley que determine la concurrencia de tales o cuales energías con sus impedimentos; y por virtud de un principio cuya razón no puede explicarse por el universo mismo, se sabe *a posteriori* que lo accidental sólo determina en la naturaleza fluctuaciones de la acción de las causas, que se apartan muy poco de los promedios. De ahí que el cálculo de las probabilidades se emplee como poderoso medio de investigación de las leyes que gobiernan el mundo de la materia. Cuando Laplace observó, con estadísticas muy incompletas, que los nacimientos de varones en París eran muy superiores a los de mujeres, concluyó en seguida que esto no podía ser la obra del acaso, sino de una ley de la naturaleza, y dedujo con sus métodos la fórmula matemática a que estaba sujeta la concurrencia de antecedentes desconocidos que regulaban el fenómeno. Hoy las aplicaciones de esa índole son numerosísimas, y sus éxitos maravillan.

No se puede acudir a otro procedimiento cuando se trata de fenómenos complejos, imposibles de simplificar, como los sociales y los psíquicos.

Esto sentado, describiremos nuestro material.

En cartulina recortamos una serie de figurillas (unas ciento por todas), circulares, cuadradas o hexagonales, de unos  $2\frac{1}{2}$  centímetros de diámetro; y, después de haber dibujado en los centros una estrella, una ala o cualesquiera otros rasgos, para que fueran ellos casi siempre los que primero cautivaran la atención, escribimos en dos lugares opuestos de la periferia, pero a distancia que podían verse de una sola ojeada, sendas letras o sílabas o nombres de colores, notas musicales, flores, etc. o grupos de fonemas sin ninguna significación, cuidando de que algunos principiaran o terminaran por unas mismas letras, cuya identidad conservábamos a veces hasta las segundas o penúltimas, para poder descubrir cualquier fraude, cuando repitiéramos el experimento con un mismo par de individuos. Los cartoncitos eran iguales dos a dos en sus anotaciones, pero diferían en lo demás: a un círculo rojo y un cuadrado azul corres-

pondían, por ejemplo, las palabras *do* y *re* en un mismo orden; y ésta última circunstancia tenía por objeto que la memoria motriz y la visual no se hallaran en oposición, puesto que el fenómeno telepático que nos proponíamos estudiar tenía que estar influido por asociaciones sensitivo-motrices. Los otros detalles han sido calculados para evitar la constancia de una misma causa entre las que podrían influir de una manera determinada y simultánea en el curso del pensamiento de los dos sujetos, sin que se diera una acción intermental. He aquí uno de esos cartones:



Preparado así el material de la experimentación, dividíamos las cartulinas en dos series iguales por sus dobles signos, que colocábamos en sendas cajetitas, con un mismo orden, y entregábamos, añadiendo un lápiz y una hoja de papel, a dos sujetos ignorantes de lo que se trataba, salvo las pocas veces que repetimos con un mismo grupo el experimento. Pedíamos entonces a esas personas, sentadas de espaldas y en silencio, a pocos metros de distancia (2 a 5), que fueran sacando en su orden los cartones, a medida que lo íbamos indicando para la simultaneidad o sucesión, según los casos, del hecho, y que, eligiendo a su antojo entre los dos signos, escribieran uno de ellos en el papel, antes de pasar a otro cartón. Antes de inventar este material, enunciábamos dos sílabas o palabras, para que escogieran una; pero pronto notamos en algunos la tendencia a determinarse por la primera o la última, y esto nos llevó a aconsejar a los sujetos que procuraran ver solamente el centro de las figuras, ya que ello bastaba para la lectura de las dos sílabas próximas y muy cortas.

Iniciado así el experimento, recogíamos los resultados, y con una serie distinta de cartulinas, para que no influyeran las elecciones anteriores, repetíamos con los mismos sujetos el experimento, previa información de lo que se trataba y rogándoles que *desearan coincidir* en sus preferencias por los signos.

Algunos sonreían, considerando imposible el resultado, pero todos se sometían de buena gana a lo que, salvo en el aula de psicología del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, tomaban como juego de salón.

Las primeras experiencias las realizamos con nuestros hijos el año de 1933, y vamos a copiar uno de los primeros resultados, ya que es innecesario transcribir los más largos, anotando con asteriscos las coincidencias:

PRIMERA ETAPA	SEGUNDA ETAPA
(1-3*)	(do*-re)
(ps-pq)	(5-7*)
(perro*-gato)	(silla-k*)
(rojo-azul)	(risa-rita)
(tic*-tac)	(fa*-mi)
(a-e)	(a-o*)
(i-u)	(i-e*)
(sol*-luna)	(sal*-sol)
(sí-no*)	(pin-pun)
(Luis-León)	(t-s)
(23-24)	(II*-III)
(caso-cosa)	(dar-salir*)

Hubo, pues, 5 coincidencias en 12 casos cuando los dos niños obraban indiferentemente, y aquel guarismo se elevó a 9 en cuanto desearon coincidir, notándose entonces sus vacilaciones en la elección. Si el hecho es, pues, casual, no ha debido variar de una experiencia a otra, y sí mantenerse en ambas dentro de los límites de las fluctuaciones de las probabilidades. Siendo dos los signos, las combinaciones posibles son: AA, AB, BA, BB, con dos coincidencias: AA y BB. Luego la probabilidad de coincidir es de  $\frac{1}{2}$ , y, en números grandes, como 2.000, que es el número de observaciones que hasta ahora hemos hecho, deben obtenerse 1.000 coincidencias y 1.000 no coincidencias, con poca diferencia: a lo sumo, la del valor cuadrático medio del error relativo. Pero no sucede así como puede observarse en el cuadro final, en que los 2.000 casos se han agrupado según el número de los signos de cada cartón (2 a 4), anotando la probabilidad *a priori* en cada uno, para que se compare con los dos resultados. No creemos necesario dar

cuenta de los detalles de las cartulinas cuando escribíamos más de dos signos en ellas. Eran triangulares o circulares para 3.

Al pie de ese cuadro exponemos las únicas conclusiones ciertas que hemos podido obtener; pero parecen probadas las siguientes, en las discriminaciones que hemos venido haciendo:

1.<sup>a</sup>) Hay alguna afinidad entre los individuos, que no sólo tiene por causa el parentesco, ni éste lo es siempre, que favorece el fenómeno. En dos alumnos del Colegio del Rosario obtuvimos hasta 37 coincidencias en 40 casos continuos, y números siempre muy altos en tres experiencias de distintas fechas. Entre otros dos, en cambio, no existían más que las que la probabilidad pedía, y en dos amigos descubrimos una tendencia a no coincidir;

2.<sup>a</sup>) Hay individuos más aptos para la recepción, y otros más aptos para la emisión; lo que se puede investigar con nuestro método, haciendo que uno de los dos sujetos sea el primero en elegir el signo, y repitiendo luego la experiencia a la inversa;

3.<sup>a</sup>) Las facultades telepáticas pueden robustecerse por medio del hábito;

4.<sup>a</sup>) Parece que la sugestión y la auto-sugestión tienen alguna influencia en el fenómeno, y

5.<sup>a</sup>) La noche es más propicia a la producción de los fenómenos telepáticos. Entre las experiencias realizadas después de las 8 p. m. y las del día, hemos hallado en favor de las primeras un porcentaje de un 17, 6% más.

Dejamos aquí nuestro trabajo para que los aficionados a la investigación científica repitan esas pruebas y continúen indagando las leyes de la telepatía, que son claramente de orden físico, fisiológico y psíquico.

## RESUMEN DE LOS EXPERIMENTOS

	PROBABILIDAD INTERVINIENDO		NO INTERVINIENDO
	A PRIORI	EL DESEO	
1.200 casos			
Con dos signos			
Coincidencias.....	930	650	
No coincidencias.....	270	550	

600 casos		
Con tres signos	$\frac{1}{2}$	
Coincidencias.....	301	180
No coincidencias.....	299	420
200 casos		
Con cuatro signos	$\frac{1}{4}$	
Coincidencias.....	121	40
No coincidencias.....	79	160
Total de casos		
2.000		
Coincidencias.....	1.310	1.130
No coincidencias.....	690	870

NOTA.—Las respectivas probabilidades *a priori* pedían en las tres experiencias: para la primera aproximadamente 600 coincidencias; para la segunda, 200, y para la tercera, 50, dentro del límite normal de las fluctuaciones. Pero estos números aparecen considerablemente aumentados en la columna central, y un poco rebajados en la última, excepto para la primera experiencia, en donde resulta un leve aumento. El total de los casos no puede tomarse como base de ningún razonamiento.

Se ve claramente:

1º) Que el deseo de coincidir es la causa principal de las coincidencias, aunque contrarrestada por otras desconocidas, que no se presentan sino en una minoría de casos, y

2º) Que, aparte del deseo, hay también otras causas, menos importantes, favorables al fenómeno.

En todo caso, no puede ya dudarse que la telepatía existe, y que conocemos su causa psíquica: *una volición*, que quizá obra en el momento de hacerse subconsciente, es decir: deseándose y olvidándose en seguida el deseo.

RODRIGO NOGUERA.

